La Sombra del Honor, Parte 1

Mauro Truscello

Capítulo 1

I

El sendero del hombre hacia su ocaso, dicen, es lineal: al asistir a tu final, canjearás el cálido vientre materno por las frías entrañas del mundo. Así ha de ser según los libros o la tradición. Pero mi crónica contradice aquella teoría; más bien se burla de ella. Mi nombre es Ryūnosuke Tokugashi, y esta es mi historia.

Mi vida se hunde en el olvido, y por más que intente recordar, las sombras extorsionan a mi mente. Sé que he sido un pobre hombre, que he vivido en la deshonra y también en el dolor. Nadie puede paliar sus penumbras con falsas promesas de luz; o al menos así lo creía aquellos días, donde no me consideraba un hombre digno. Pero creo saber, también, como ciertos desvaríos de mi vida me llevaron a ser, cuanto menos por hoy, un hombre parcialmente redimido.

Podría inquirir en las causas por las que decidí ser miembro de los Hassenshi (pues a aquellos hombres debo mi nombre), o bien enfocarme en los *años de providencia.* Asumo será más apropiado abordar ambos recuerdos (hasta donde deban persistir) con lealtad y decencia. Presumo que esta disposición habrá nacido producto de las amistades taoístas que infundieron en mí el respeto hacia las polaridades.

He nacido en Iga, hace casi un siglo. No logro precisar *cuándo*, pero sí el *cómo*. Mi madre, Yukiji, murió durante el parto. Furtivo he sido desde entonces, por esencia y necesidad. Mi padre, último vestigio junto a mí de una genealogía moribunda, era un pérfido hombre. Mi crianza recayó enteramente en sus manos, como ha de suponerse. Mi madre había generado en él, según me han dicho, cosas que ningún otro ser humano había logrado. No deseo ahondar en detalles, puesto que su historia, aun siendo yo fruto de ella, no me compete. Pero ha de quedar escrito lo siguiente: mi padre me ha culpabilizado por la muerte de mi madre, y desde entonces, he sido criado bajo esas cláusulas.

Sin embargo, he sido afortunado, pues no he sufrido maltratos físicos. Mi padre procuró sublimar mi condición de ominoso engendro bajo un duro entrenamiento, el cual tomó gran parte de mi vida. Él era bandido, y acometió a transformarme en uno.

Mi padre, nacido Yoshitsune Tokugashi, era, incluso antes de mi nacimiento, jerarca de un grupo de bandidos muy reconocido de la provincia de Iga, durante el período posterior a la segunda guerra de Tenshō Iga. Tal era su fama, que los hombres recelaban su andar al pisar nuestro suelo. A la brevedad, Iga se volvió el más vacuo de los abismos; su desértico territorio parecía ser infranqueable por culpa, en parte, de él. Y digo en parte, ya que no era el único. Aconteció la existencia de otros dos grandes grupos de bandidos: uno liderado por Hajime Shirayama, apodado *el sabio;* y el otro liderado por Ichiro Matsudaira. Había otros grupos, pero eran asociaciones altamente inestables que no lograban conformar poderío considerable sobre Iga. Usualmente terminaban siendo reclutados por nosotros.

La coexistencia entre los tres bandos era ambigua: en decisión conjunta, se había decidido mantener una tregua y distribuir equitativamente las zonas de operación; cuanto menos para evitar posibles enfrentamientos innecesarios. La idea, inicialmente propuesta por Shirayama, había desagradado a los otros dos cabecillas. A fuerza de persuasión y política, tanto mi padre, como Matsudaira cedieron y acordaron la convivencia pacífica. Ha de ser aclarado lo siguiente: esta determinación grupal precedía la oscura fama que, luego, habría de obtener el suelo de Iga.
De tal forma, cada grupo mantuvo su autonomía sobre suelos designados, hasta que sobrevino el *verano de sangre,* denominación infundada por historiadores y poetas. Abruptamente, y a fuerza de causas mayores, gran parte de los ciudadanos de Iga decidieron abandonar sus dominios. Unos tantos se desplazaron al suelo de Sakai, y otros a Mikawa; ejes aledaños de una cultura disgregada. Por extensión, hubo menos *fuente de trabajo* para nuestra agrupación. Nos vimos obligados a diseñar nuevos artilugios, capaces de sustentarnos. Solo un puñado de seres perseveró en su tierra, desafiando su propio final.
Cabe aclarar que al señor Nobukatsu, regente de Iga luego de la mal llamada *Pacificación de Iga,* poco le importaba los asuntos pertenecientes a esferas inferiores de realidad social. Tanto él como su padre Nobunaga sólo tenían por objetivo promulgar los emblemas del clan Oda para engrandecer su poderío político, sin resguardar sus propias conquistas como lo era mi pueblo y sus necesidades. Se asemejaban a las hojas de un árbol putrefacto.
A raíz de la diáspora y la prominente acefalía local, mi padre no tuvo mejor idea que asaltar la banda de Matsudaira; no sin antes desentrañar información a través de hábiles espías. Para aquella tarea contó con cinco hombres de nuestra plena confianza: Hikaru Hayashi, Katsuo Gojō, Kenji Konoe, Matsuo Mishima y Jiro Inoue, siendo estos últimos, cuanto menos, dos grandes amigos. Me arriesgo a afirmar que la hermandad jamás reparará en la sangre, ya que el mero vínculo la trasciende. Pero es esta misma sangre la que me ha impedido de participar en la misión encomendada por mi padre. La consideraba una vana prueba. Él delegaba en mí la más ardua de las empresas: la redención. Sin ella, mi propia existencia se vería ensombrecida, y a mi padre no le era útil un hombre sin honor. Aquellos eran sus andamios morales, los cuales fielmente seguí.
La distribución de zonas se había prefigurado de la siguiente manera: mi padre tendría control sobre el norte de Iga, mientras que Shirayama tendría el oeste, y Matsudaira el este. Y tal fortuna otorga el destino, que en los límites impuestos entre el norte y el este, una oportunidad había nacido para efectuar la misión.
Nobukatsu se consumía en opulencias, y tenía bajo sus órdenes a un considerable séquito de sirvientes. Él, recluido en su desmedida residencia, ignoraba las necesidades de su propio personal. De cualquier modo, aquellos que permanecían a su lado no veían alternativa mejor, y proseguían su labor sin objeción. Contaba con cocineros, carpinteros, consejeros, tejedores, tesoreros, soldados y jardineros. Gran parte de

ellos tenía el privilegio de dormir allí; otros, como estos últimos –los jardineros-, no gozaban de tal derecho. Es aquí donde sus espías cobraban valor.
Hikaru, Katsuo y Kenji observaban la residencia en la entrada sur; Matsuo y Jiro, por su parte, en la entrada norte. El objetivo de la misión, en esta instancia, consistía en recoger información sobre los movimientos de Nobukatsu y toda la gente a su alrededor. A rigor de la percepción, comprendieron que había un ínfimo puñado de hombres que solían abandonar regularmente la residencia: los jardineros. Descubrieron, además, un hábito más que ideal, el cual contribuía enormemente a su objetivo real. Nobukatsu disfrutaba de paseos en su gran jardín, generalmente en horario matutino. Según creo recordar también, Matsuo me dijo alguna vez que Nobukatsu asesinó a un soldado por la noche. Los únicos testigos habían sido mis compañeros y las frescas sakuras allí florecidas.
Y al cabo de dos semanas, mi padre decretó nuevas órdenes. Conocidos los patrones de rutina, dispuso la captura de los jardineros. Y así fue. Los jardineros, tres en cantidad, fueron apresados por medio de una emboscada, al finalizar su trabajo. Si bien el silencio devoraba los astros en todas direcciones, mis compañeros decidieron movilizar a las víctimas del operativo a través de una carreta, concedida por mi padre. Una vez trasladados, se los aprisionó en las ruinas de un jinja septentrional.
Aquel templo sangraba el olvido. Fue la primera vez que pisé suelo sacro, y sentí un fuerte temblor en mi espíritu. En la entrada se encontraban dos estatuas, casi destruidas ambas; me confesaron que se les llamaba komainus, y se encargaban de proteger a todo aquel que cruzara el umbral de oscuras entidades. Recuerdo haberme dirigido al abrevadero de la purificación, el cual yacía seco, sin vida. Algunos decidieron utilizarlo de escupidera. Si bien el templo estaba en evidente mal estado, su haiden (o sala de ofrendas) estaba en buenas condiciones. Allí fue que los interrogamos.
Dos de los tres hombres aullaban, clamando piedad. El restante, aguardaba en silencio el decreto de mi padre. Lejos de torturas y tormentos, se les procuró sanidad solo si accedían a responder algunas preguntas.
Como he sostenido, el destino suele otorgar oportunidades impensadas. Esta vez jugaba a nuestro favor. La razón final detrás de este operativo respondía a una misión mayor. Queríamos dar un golpe a la banda de Matsudaira, y para ello, necesitábamos repetir lo hecho en suelo de Nobukatsu. Pero Matsudaira distaba de ser un hombre descuidado; hecho manifestado por su estricta vigilancia en puntos específicos de su territorio. La residencia de Nobukatsu, sin embargo, se encontraba, prácticamente, en tierra oriental. Si conseguíamos infiltrarnos en su morada ocupando el puesto los jardineros, tendríamos muchas chances de obtener información sobre Matsudaira y su gente.
Imaginará quien escuche esta historia lo ridículo de este gran movimiento táctico. Considerarán, con justicia, que habría sido mucho más simple adentrarse en las fauces de nuestro único enemigo tan solo una vez. Sin

embargo, mi padre había previsto lo siguiente: si teníamos acceso a Nobukatsu, tendríamos acceso a un socio invaluable. Si por nuestros medios la conquista se tornaba esquiva, entonces con apoyo de Nobukatsu podríamos conseguir nuestros objetivos. No sin antes negociar con él algún acuerdo, claro.
Sin desperdiciar las horas, mi padre indagó sobre las formas de contratación de personal por parte de Nobukatsu. Con amabilidad, inquirió a través de nuestros pobres cautivos lo que ansiábamos saber: Nobukatsu, al emplear a alguien, decide difundir su mensaje a través de carteles por zonas aledañas a su residencia. Habrá sido cosa importante para él la jardinería, que en tan solo tres días comenzó a desplegarlos.
Tan pronto como obtuvimos aquella información, mi padre decidió mantener a los jardineros bajo su custodia por tiempo indefinido. Se mostraba interesado en ellos, sobre todo en el más silencioso de los tres. Solía preguntarle cosas específicas: su nombre, su edad, su opinión al respecto de todo lo que le tocaba vivir. Se rehusaba a hablar tras varios intentos fallidos.
Me pregunto por qué motivo no desearás hablar conmigo. Yo estoy siendo… ¿cuál es la palabra, Katsuo?
¿A qué se refiere, señor? –contestó Katsuo, sorprendido-.
Paciente –dijo, exaltado, mi padre, como si Amaterasu lo hubiese cobijado-. Eso es, paciente. No tengo razones para lastimarte…
Lo imagino, por ello me has secuestrado –replicó el hombre, con evidente cinismo-.
Ah… entonces podías hablar. Qué bueno. Ahora quiero que me digas tu nombre.
No tengo
¿Cómo que no tienes nombre?
Ante ti soy un fantasma, no existo, no tengo nombre.
Conque un fantasma, ¿eh?. Es interesante que me digas esto, dado que los fantasmas no existen
Tú pronto serás uno
Y en aquel instante, mi padre torció sus cejas, y reajustó su boca en un ángulo incompatible a su mirada.
¿Qué quieres decir con que pronto seré uno?
El hombre calló, y optó por mirar a su izquierda. Mi padre, enojado, se le acercó y le dijo al oído:
Habla, si no esto terminará muy mal
Los ojos del hombre aprisionado, cristalizados en asco y desprecio, dieron su veredicto. Decretando su propia sentencia, escupió a su captor. Mi padre por un momento se mantuvo petrificado. Luego, tomó un cuchillo y rompió la manga del brazo derecho de sus ropajes. Debajo de su hombro se alzaba tímidamente el tatuaje de un faisán: símbolo de la banda de Matsudaira.
FIN – PRIMERA PARTE